2920, Fuego hogar, vol. 9

Fuego hogar
Libro noveno de 2920
El último año de la Primera Era

de
Carlovac Townway

---

2 de Fuego hogar de 2920
Gideon, Ciénaga Negra

La emperatriz Tavia estaba tendida en su cama. Un viento cálido de finales de verano que ella no podía sentir provocaba que las contraventanas de su celda golpearan las barras de hierro. La garganta le ardía, pero ella seguía sollozando desconsoladamente mientras estrujaba su último tapiz entre las manos. Sus lamentos resonaban por las vacías salas del castillo Giovesse y hacían que las criadas dejaran de limpiar y los guardias interrumpieran su conversación. Una de las mujeres subió las estrechas escaleras para ver a su señora, pero el guardia al mando, Juuk, permaneció ante la puerta y sacudió la cabeza.

"Acaba de enterarse de que su hijo ha muerto", dijo en voz baja.

---

5 de Fuego hogar de 2920
La Ciudad Imperial, Cyrodiil

"Majestad imperial", dijo el potentado Versidue-Shaie a través de la puerta, "puedes abrir. Te doy mi palabra de que es completamente seguro. Nadie quiere matarte".

"¡Por la sangre de Mara!", se escuchó la voz del emperador Reman III, con un tono sordo, histérico y teñido de locura. "Alguien ha asesinado al príncipe y estaba sosteniendo mi escudo. ¡Puede que pensaran que he sido yo!"

"Seguramente tienes razón, majestad imperial", respondió el potentado, tratando de

evitar cualquier insinuación de burla que tuviera su voz mientras movía despectivamente sus negros ojos rasgados. "Debemos encontrar y castigar al malhechor responsable de la muerte de tu hijo, pero no lo podemos hacer sin ti. Tienes que ser valiente por tu Imperio".

No hubo respuesta.

"Al menos, sal y firma la orden de ejecución de lady Rijja", gritó el potentado. "Permítenos deshacernos de una traidora y asesina que ya conocemos".

Tras una breve pausa, se oyó cómo arrastraban algunos muebles. Entonces Reman abrió la puerta, apenas una rendija, pero suficiente para que el potentado viera su enfurecida y asustada cara, así como el terrible montón de tejido rasgado que había sido su ojo derecho. Pese al trabajo de los mejores curanderos del Imperio, todavía seguía siendo el espantoso recuerdo de la obra de lady Rijja en la fortaleza Thurzo.

"Pásame la orden", gruñó el emperador, "será un placer firmarla".

---

6 de Fuego hogar de 2920
Gideon, Cyrodiil

El extraño brillo azul de los fuegos fatuos, según le habían dicho, una combinación de gas de la ciénaga y energía espiritual, siempre había asustado a Tavia cuando miraba por la ventana. Sin embargo, ahora parecía extrañamente reconfortante. Más allá de la ciénaga se encontraba la ciudad de Gideon. Era curioso que nunca hubiera puesto el pie en ella, pensó, a pesar de que la llevara viendo todos los días desde hacía diecisiete años.

"¿Crees que me he olvidado de algo?", preguntó, volviendo la vista hacia su leal Rothringi Zuuk.

"Sé exactamente qué hay que hacer", respondió él con sencillez. Parecía que sonreía, pero la emperatriz se dio cuenta de que era tan solo su propia cara reflejada en la plateada piel del guardia. Estaba sonriendo y ni siquiera se había dado cuenta.

"Asegúrate de que no te sigan", le advirtió. "No quiero que mi marido sepa dónde ha estado escondido mi oro durante todos estos años. Y llévate tu parte. Has sido un buen amigo".

La emperatriz Tavia dio un paso adelante y desapareció entre la niebla. Zuuk volvió a colocar los barrotes de la ventana de la torre y tiró una manta sobre algunas almohadas encima de su cama. Con un poco de suerte no descubrirían el cuerpo de Tavia sobre la hierba hasta el día siguiente, una vez que él ya estuviera a mitad de camino hacia Morrowind.

---

9 de Fuego hogar de 2920
Phrygias, Roca Alta

Los extraños árboles de ambos lados parecían un montón de protuberancias coronadas por un gran estallido de rojos, amarillos y naranjas, como un montículo de insectos ardiendo. Las montañas de Wrothgaria se desvanecían en aquella noche nebulosa. Turala se maravilló ante aquella vista, tan extraña y diferente en comparación con Morrowind, mientras dirigía su caballo hacia un pastizal. Tras ella, con la cabeza moviéndose contra su pecho, Cassyr dormía mientras acunaba a Bosriel. Por un instante, Turala consideró la posibilidad de saltar la baja valla pintada que atravesaba el campo, pero se lo pensó mejor. Decidió dejar que Cassyr durmiera durante unas pocas horas más antes de cederle las riendas.

En cuanto el caballo entró en el campo, Turala divisó la casita verde en la siguiente colina, medio escondida en el bosque. Era una imagen tan pintoresca que se sintió sumergida en un agradable y relajante estado de adormilamiento. El sonido de un cuerno la devolvió a la realidad con una sacudida. Cassyr abrió los ojos.

"¿Dónde estamos?", siseó.

"No lo sé", tartamudeó Turala, con los ojos como platos. "¿Qué es ese sonido?"

"Orcos", susurró. "Una partida de caza. Rápido, dirígete hacia ese bosquecillo".

Turala hizo trotar al caballo hasta un pequeño grupo de árboles. Cassyr le entregó al bebé y desmontó. A continuación, se puso a bajar las bolsas y a tirarlas entre los arbustos. Entonces escucharon un sonido, unas pisadas distantes que retumbaban cada vez más fuerte y más cerca. Turala descendió cuidadosamente y ayudó a Cassyr a descargar el caballo. Durante todo este tiempo, Bosriel los miraba con los ojos como platos. Turala a veces se preocupaba de que su bebé nunca llorara, pero ahora daba gracias por ello. Tras bajar el último de los bultos, Cassyr dio unas palmadas en el lomo del caballo y este salió galopando hacia el campo. Cogió la mano de Turala y se

escondió entre los matorrales.

"Con suerte", murmuró, "pensarán que es un caballo salvaje o que pertenece a una granja y no se pondrán a buscar al jinete".

Mientras hablaba, una horda de orcos entró en el campo tocando sus cuernos. Turala ya había visto orcos anteriormente, aunque nunca tantos ni con esa seguridad tan bestial. Rugiendo de placer ante la visión del desorientado caballo, pasaron apresuradamente por delante del árbol en el que se escondían Cassyr, Turala y Bosriel. Algunas flores silvestres volaron por el aire, llenándolo de polen. Turala trató de contener un estornudo y pensó que lo había conseguido, pero uno de los orcos oyó algo y, junto a otro compañero, decidió investigar.

Rápidamente, Cassyr hizo acopio de valor y desenfundó su espada. Sus habilidades estaban más relacionadas con el espionaje, no con el combate, pero juró proteger a Turala y a su bebé todo el tiempo que pudiera. Quizás consiguiera matar a esos dos, pensó, aunque probablemente gritarían atrayendo al resto de la horda.

De pronto, algo invisible se extendió por los arbustos como el viento. Los orcos cayeron hacia atrás, muertos. Turala se dio la vuelta y vio a una vieja bruja arrugada, de brillante pelo rojo, que salía de un arbusto próximo.

"Pensé que los ibais a llevar hasta mí", susurró sonriendo. "Mejor venid conmigo".

Los tres siguieron a la anciana a través de una profunda brecha que se abría entre zarzas y que cruzaba el campo hacia la casa de la colina. Cuando salieron al otro lado, la mujer se volvió para ver cómo los demás orcos se daban un festín con los restos del caballo, una orgía empapada en sangre al ritmo de los cuernos.

"¿El caballo era vuestro?", preguntó. Cuando Cassyr afirmó con la cabeza, ella rió a carcajadas. "Es una carne buena, eso sí. Esos monstruos tendrán dolor de estómago y flatulencia por la mañana. Se lo merecen".

"¿No deberíamos seguir huyendo?", susurró Turala, nerviosa por la risotada de la mujer.

"No subirán hasta aquí", sonrió abiertamente, mirando a Bosriel, que le devolvió la sonrisa. "Nos tienen demasiado miedo".

Turala se volvió hacia Cassyr, que sacudió la cabeza. "Brujas. ¿Me equivoco al pensar

que esta es la antigua granja de Barbyn, la morada del aquelarre de Skeffington?"

"Sí que lo es", dijo la vieja emitiendo una risita de niña, orgullosa de su mala fama. "Yo soy Mynista Skeffington".

"¿Qué es lo que les hiciste a aquellos orcos en el bosquecillo?", preguntó Turala.

"Les propiné un puñetazo espiritual justo en la cabeza", dijo Mynista mientras seguía subiendo la montaña. Ante ellos se encontraban los terrenos de la granja: un pozo, un gallinero, un estanque, mujeres de todas las edades realizando tareas, la risa de niños jugando. La anciana se volvió y vio que Turala no lo comprendía. "¿No hay brujas allí de donde venís, chica?"

"Ninguna que yo sepa", dijo ella.

"En Tamriel ejercen la magia personas de todo tipo", le explicó. "Los psijic estudian la magia como si de un doloroso deber se tratase. Los magos guerreros, que trabajan en los ejércitos, representan el otro lado de la balanza, ya que lanzan hechizos como si fueran flechas. Nosotras las brujas conversamos en privado, conjuramos y realizamos ceremonias. Para derribar a esos orcos, simplemente les susurré a los espíritus del aire, a Amaro, a Pina, a Tallatha, a los dedos de Rynareth y al aliento del mundo, a los que conozco íntimamente, que golpearan a esos malnacidos hasta la muerte. Ya ves que conjurar no tiene nada que ver con la fuerza, con resolver enigmas o con desesperarse sobre viejos y rancios pergaminos; consiste en fomentar las relaciones. Podríamos decir que se basa en ser amable".

"Bueno, nosotros valoramos sinceramente que haya sido tan amable con nosotros", dijo Cassyr.

"Sí, es lo que tendríais que hacer", dijo Mynista tosiendo. "Vuestra especie destruyó la tierra natal de los orcos hace dos mil años. Antes de eso, nunca subían hasta aquí a molestarnos. Bueno, vamos a dejar que os lavéis y a daros de comer".

Y así, Mynista les condujo hasta la granja y Turala conoció a la familia del aquelarre de Skeffington.

---

11 de Fuego hogar de 2920
La Ciudad Imperial, Cyrodiil

Rijja ni siquiera trató de dormir la noche anterior, y la lúgubre música que tocaban durante su ejecución ejercía un efecto soporífero en ella. Era como si se estuviera obligando a caer inconsciente antes del hachazo. Sus ojos estaban vendados, por lo que no pudo ver al que fuera su amante, el emperador, sentado ante ella, observándola con su único ojo sano. No pudo ver al potentado Versidue-Shaie, con su rollo pulcramente doblado y una mirada triunfante en su cara dorada. Podía sentir, como entumecida, la mano de su verdugo tocándole la espalda para calmarla. Parpadeó como si estuviera soñando y tratara de despertarse.

El primer golpe fue en la nuca y ella gritó. El siguiente atravesó de un hachazo su cuello y murió.

El emperador se volvió al potentado con resignación y le dijo: "Ya lo hemos hecho. ¿Decías que tenía una hermana bastante guapa en Páramo del Martillo que se llamaba Corda?"

---

18 de Fuego hogar de 2920
Dwynnen, Roca Alta

El caballo que las brujas le habían vendido no era tan bueno como el anterior, pensó Cassyr. La adoración a los espíritus, el sacrificio y la hermandad debían de ser muy útiles a la hora de conjurar a los espíritus, pero tendían a ablandar a los animales de carga. Pese a todo, no podía quejarse demasiado. Sin la mujer dunmer y su bebé, había tardado poco en recorrer el camino. Ante él se alzaban los muros que rodeaban la ciudad de su tierra natal. Casi al mismo tiempo, fue acosado por sus viejos amigos y su familia.

"¿Cómo fue la guerra?", gritó su primo mientras corría al camino. "¿Es cierto que Vivec firmó la paz con el príncipe, pero que el emperador se niega a cumplirla?"

"Así no es como fue, ¿verdad?", le preguntó un amigo que se unió a ellos. "He oído que los dunmer asesinaron al príncipe y, después, se inventaron una historia sobre un tratado, aunque no hay pruebas de que se firmara".

"¿No ha pasado nada interesante por aquí?", rio Cassyr. "La verdad, no tengo el más mínimo interés en hablar sobre la guerra y Vivec".

"Te perdiste la procesión de lady Corda", dijo su amigo. "Llegó cruzando la bahía con

todo su séquito y luego se dirigió al este, hacia la Ciudad Imperial".

"Pero eso no importa. ¿Cómo es Vivec?", preguntó su primo con impaciencia. "Se le considera un dios viviente".

"Si dimite Sheogorath y necesitan a otro dios de la locura, él podría ocupar el puesto", afirmó Cassyr de forma arrogante.

"¿Y las mujeres?", le preguntó el chico, que solo había visto a las féminas dunmer en contadas ocasiones.

Cassyr sonrió ligeramente. La imagen de Turala Skeffington le pasó rápidamente por la cabeza para desaparecer un instante después. Ella sería feliz con el aquelarre y su retoño estaría bien cuidado. Sin embargo, ahora formaban parte del pasado, de un lugar y una guerra que quería olvidar para siempre. Desmontó de su caballo y entró en la ciudad mientras charlaba sobre los banales cotilleos en la bahía de Iliac.

2920, Fuego hogar, vol. 9

FormId	skyrim.esm:01AFE9
Owning plugin	skyrim.esm
Local FormId	01AFE9
Editor ID	SkillConjuration3
Inventory image	(none)
Menu art	HighPolyConjurationBook
Value (gold)	50
Type	Book or tome
Weight	1
Can be taken	Yes
Teaches	Skill: Conjuración
Inventory description	(none)
Keywords	VendorItemBook, GiftWizardSpecial
Locations	7
Leveled lists	0
Scripts	0

© Bethesda Softworks LLC and the authors of the mods in the load order.
Exported and generated with SkyrimSourceExporter.